

PSICOLOGÍA APLICADA ESPAÑOLA EN EL EXILIO. LA OBRA DE LOS PSICÓLOGOS ESPAÑOLES EXILIADOS TRAS LA GUERRA CIVIL

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Helio Carpintero Capell *

Recientemente, y por iniciativa de una importante Fundación cultural, se ha celebrado en Madrid una amplia exposición dedicada a la obra y significación del exilio español que siguió a la guerra civil, tras su terminación en 1939 (VV.AA., 2002). Aunque ha pasado más de medio siglo, ha sido ésta la primera exposición nacional dedicada al tema, hasta donde me es dado recordar. Y en ésta, como en muchos otros de los estudios dedicados al análisis del impacto de aquella tremenda contienda sobre la ciencia española, vengo a encontrar desatendida esa parcela del saber que representa la psicología. No puedo por menos de lamentar el olvido en que ha caído un grupo de investigadores y profesionales de esa especialidad, que habían trabajado muy activamente en los años anteriores a la guerra, esforzándose por implantar las técnicas y saberes psicológicos en nuestro país, y que, como resultado del desenlace del conflicto, hubieron de exilarse, en muchos casos para el resto de sus vidas.

He querido aprovechar esta oportunidad para presentar aquí un sucinto recuerdo y examen de lo que fue la obra y significación de aquel grupo de colegas, precisamente porque estimo importante su contribución, porque creo que las tradiciones científicas han de construirse sobre el pasado, sobre la obra de nuestros predecesores, y porque creo que es una tarea de justicia procurar deshacer el olvi-

* Sesión del día 21 de enero de 2003.

do y silencio en que nuestra sociedad ha dejado tanto trabajo valioso y tanto nombre respetable. Al traer su recuerdo a esta Casa, lo hago con la plena conciencia de ser ésta la Academia que ha dado cabida en su seno a los psicólogos, en ese ideal reparto del mundo del saber que entre las varias Academias se ha llevado a cabo.

Como inmediatamente mostraré, casi la totalidad de los psicólogos españoles que se habían ido formando en las primeras décadas del siglo xx, creando una incipiente pero interesante tradición psicotécnica, vinieron a exiliarse a consecuencia de la guerra, y en una importante medida reconstruyeron luego en otros países su vida personal y profesional, ocupados con mayor o menor intensidad con los problemas de la psicología.

Acerca de este tema he venido trabajando varios años con un grupo de colegas, con quienes he tenido la fortuna de poder formar un grupo de investigación. Se trataba de recuperar una parte de nuestro pasado y nuestra identidad como psicólogos, y también de hacer justicia a los esfuerzos, padecimientos y logros de un importante grupo de profesionales, que vieron su vida y sus proyectos truncados en gran medida por la guerra civil.

En toda una serie de casos que, como veremos, tuvieron por escenario los países hispanoamericanos, su influencia resultó además decisiva para el desarrollo de las tradiciones científicas y técnicas de los países que los acogieron.

Como resultado de todo ello, la psicología española, que venía gestándose antes de la guerra en la península, vino a escindirse en dos lóbulos, uno peninsular, el otro en la emigración, que constituyen el pasado íntegro e inmediato de nuestro presente cuando se los junta.

Y mientras la tradición peninsular ha conocido una enorme expansión y crecimiento, y siente viva su continuidad con los grupos que quedaron en el país, se ha oscurecido y a veces olvidado la labor de aquellos que emigraron, y frecuentemente se ha desconocido su labor para consolidar la psicología fuera de nuestro suelo, pero dentro del gran círculo de la comunidad iberoamericana.

Somos ya hoy, en general, bastante conscientes todos de los tremendos efectos decisivos que en campos muy distintos de nuestra sociedad y nuestra cultura tuvo aquella tremenda crisis social. Tenemos, gracias a una serie de estudios que se han ido realizando, ideas bastante definidas acerca de su impacto sobre la literatura, la filosofía, el mundo de las artes y algunas ciencias y disciplinas positivas (Abellán, 1976 y sigs.; Amo y Shelby, 1994; Giral, 1994; Marra, 1963; Sánchez-

Albornoz, 1991, etc.). Pero, tal vez por su mayor juventud o su menor protagonismo social, se sabe menos de algunos otros sectores de la vida intelectual, como es el caso de la psicología. Conviene ya que consten, con toda energía, los graves costos de la guerra así como sus tremendas implicaciones en el desarrollo de ciertas tradiciones nacionales en el campo de la psicología a los dos lados del Atlántico.

Se trata de rescatar para nuestra memoria colectiva esta porción de historia social nuestra, y de reintegrar a su debida figura la historia de nuestra ciencia. Es el tema de esta ponencia.

Convendrá, primero, examinar muy brevemente el mundo científico e intelectual de que se partía, para luego presentar y evaluar sus logros y realidades.

EL NIVEL DE PARTIDA.

La psicología, ciencia que tiene poco más de un siglo de existencia, empieza a existir formalmente entre nosotros a comienzos del siglo xx. Eso no quiere decir que antes no hubiera aquí quienes se interesaban por la nueva ciencia que germinaba en Europa y América, o que se hablara de psicología en términos solamente filosóficos. Pero podemos tomar el año de 1902 como jalón inicial, al crearse entonces la primera cátedra universitaria, de psicología experimental, la que vino a desempeñar Luis Simarro en la Universidad Central.

Entre nosotros, más que desarrollarse la investigación pura, surgió en seguida el interés por las aplicaciones de las nuevas ideas a una amplia gama de problemas sociales.

A ello contribuyó sin duda la creciente industrialización del país y el afán renovador de la mentalidad hispana que experimentaban ciertas minorías interesadas en la regeneración social. El proceso de europeización, la renovación educativa, el desarrollo científico y cultural, fomentaron el interés hacia las cuestiones de la psicología.

En realidad, la incorporación de la psicología a la sociedad española representa un capítulo más dentro de ese esfuerzo general por integrar en nuestro país las nuevas ciencias sociales —la sociología, la antropología, la economía— que impulsaron los grupos más activos y socialmente críticos dentro del cambio de siglo, en el entorno de la crisis del 98, como vía de renovación y regeneración sociales.

En este contexto resulta fácil comprender la dominante mentalidad progresista y renovadora que se fue extendiendo entre quienes iban a interesarse por las cuestiones psicológicas, y que terminaría por situar a la mayoría de ellos entre quienes vieron deshacerse, por la guerra, el proyecto personal y profesional que habían ido alimentando en los años precedentes.

Los temas psicológicos y psicoanalíticos, los nombres de los nuevos investigadores, las nuevas ideas, comenzaron a circular en el entorno intelectual de la Institución Libre de Enseñanza, y de algunas de sus más conocidas creaciones, como la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, o los laboratorios creados en la Residencia para fomentar la investigación experimental. Las nuevas ideas se extendieron entre los grupos culturalmente más activos en las obras de pensadores como Unamuno, Ortega y Gasset, D'Ors o Marañón; en las páginas médicas que dirigía el Dr. Lafora en *El Sol*; entre los educadores, los magistrados, los psiquiatras e incluso entre los artistas —especialmente los atraídos por el surrealismo. Creció también el interés por conocer mejor al niño mediante el uso de los tests, y por orientar profesionalmente a los jóvenes trabajadores, y así se cultivó la psicotecnia. En ella sobresalieron el Instituto de Orientación Profesional creado en Barcelona en 1918, bajo el patrocinio de Prat de la Riva, o el centro paralelo creado unos años después en Madrid, impulsado por el Dr. Gonzalo R. Lafora, con colaboradores como José Germain y Mercedes Rodrigo. Ya he recordado en otro lugar la detallada noticia que dio en esta Academia nuestro compañero Emilio Miñana y Villagrasa, acerca de la orientación profesional y la psicotecnia, con ocasión de su ingreso en 1924 (Carpintero, 2002). Muy poco después se vino a organizar toda una red de Oficinas-Laboratorio de psicotecnia, que hizo posible una amplia intervención de orientación y selección profesionales para ciertas industrias y organizaciones, y que además tuvo luego a su cargo un programa de seguridad vial, al hacerse cargo del estudio psicotécnico de conductores de vehículos públicos y pesados.

En general, la naciente psicotecnia tuvo pronto un reconocimiento muy vivo por parte de los colegas extranjeros, con los que fue creciendo la interrelación. Se celebraron en Barcelona dos reuniones interesantes de la asociación internacional de psicotecnia, en 1921 y 1930, que situaron en la órbita científica a algunos de los grupos españoles más activos. Madrid fue elegida sede para celebrar el XI Congreso Internacional de Psicología Científica, que debía tener lugar en octubre de 1936. Y, para preparar aquel evento, hubo un curso de psicología en la Universidad Internacional de Santander, en 1934, en el que participaron algunos de los más destacados investigadores del momento (Pierre Janet, C. S. Myers, K. Bühler, A. Michotte, M. Ponzo, H. Langfeld, E. Claparède...) junto con varios españoles (Emilio Mira, José Germain, Mercedes Rodrigo...) (Madariaga *et al.*, 1999).

La guerra civil puso fin a todos esos proyectos. Los psicólogos españoles se dispersaron. El congreso internacional se reunió en París en 1937 (Montoro y Quintanilla, 1982; Rosenzweig *et al.*, 2000), y aquella primera psicotecnia española vio desmanteladas sus creaciones, y perseguidos sus creadores. Su salida, en la mayor parte de los casos, fue el exilio.

EL EXILIO Y LOS PSICÓLOGOS

Con la guerra, un altísimo número de personas implicadas en el desarrollo cultural y científico se vieron forzados a abandonar el país. Coincidió por lo general en ellos un interés por la ciencia, un afán de modernización del país y una mentalidad liberal y de progreso. Esto tendió a situarlos en la órbita política de la república, y luego les impulsó a exiliarse cuando el conflicto terminó con la derrota de sus ideales.

Muchos españoles creyeron posible en Hispanoamérica el sentirse de nuevo en casa, rehaciendo no sólo la vida personal sino también la profesional. Surgió así la realidad de los españoles «transterrados» a América. Y allí, efectivamente, encontraron una generosidad variable, aunque amplia, a la hora de recibirlos. Representaban, como escribió María Teresa León, el «mayor éxodo del siglo xx» (León, 1970, 237), por lo menos hasta aquellas fechas.

Aunque resulte tal vez reiterativo, convendrá recordar sintéticamente la magnitud del descalabro cultural sufrido por el país en 1939. Me atenderé a las cuentas que en su día hizo J. L. Abellán (Abellán, 1977), que resultan por lo menos bastante indicativas. Según este autor, se habría de contar entre los emigrados al menos a dos premios nobel, 891 funcionarios públicos, 501 maestros, 208 catedráticos, 462 profesores de universidad, liceos, institutos, y escuelas normales y especiales, 434 personas relacionadas con el Derecho, 375 médicos y otros especialistas del campo de la salud, 361 técnicos y peritos de varia especialidad, 214 ingenieros, 109 escritores y periodistas, y un largo etcétera de trabajadores y profesionales —y añadiré yo, también a un número no pequeño de psicólogos. Sean estas cifras más o menos precisas, marcan el orden de magnitud de la pérdida, dejando a un lado la calidad y riqueza de saber, experiencia y entusiasmo que todo ello llevaba acumulado.

Vengamos ya al caso de lo ocurrido en la psicología. Hay, aquí, una cierta nota o rasgo común. Muchos de los implicados en este proceso eran personalidades liberales o claramente progresistas. La cosa no es de extrañar, porque en la

primera psicología —empezando ya por Simarro y su activísima ocupación en defensa de los derechos del hombre, que le llevó a tomar parte muy activa en el famoso proceso a F. Ferrer Guardia con motivo de los acontecimientos de la Semana Trágica de Barcelona (1909)— hubo mucho de reformismo social.

Habría, en todo caso que considerar aquí dos grupos distintos: Uno sería el formado por los psicotécnicos o psicólogos, personas con un cierto carácter profesional, si bien no había entonces formación ni titulación reglada al respecto. El otro más bien reuniría a intelectuales y científicos que, desde fuera de la psicología, se interesaron por ella y apoyaron su incorporación a nuestra sociedad.

Entre estos últimos he recordado ya en otros lugares (Carpintero, 1997, 2001) una serie de nombres: de médicos como Gregorio Marañón, Pío del Río Hortega, Augusto y Jaime Pi-Sunyer, Isaac Costero, Augusto Fernández Guardiola...; de psiquiatras, como Dionisio Nieto, Julián de Ajuriaguerra, Federico Pascual del Roncal, Antonio Abaunza...; de filósofos, como José Ortega y Gasset, José Gaos, Eduardo Nicol, Juan David García Bacca o Eugenio Imaz; educadores como Martín Navarro, Domingo Barnés, María de Maeztu, Joaquín Xirau, Lorenzo Luzuriaga; ingenieros como César de Madariaga...; tantos y tantos otros nombres que han pasado a engrosar las listas del exilio, y que luego contribuyeron a reforzar, en la medida de sus fuerzas, la vida intelectual de los países donde arribaron.

Pero lo que vamos a considerar aquí es la obra de ese grupo de profesionales, que tenían una inmediata dedicación a la psicología, que se ocuparon de ella antes de marchar, y luego hubieron de realizar sus proyectos y trabajos fuera de España, al menos por algún tiempo, y permanecieron más o menos dentro del ámbito amplio de cuestiones propias de la psicología, teóricas o aplicadas.

VIDAS Y OBRAS

Recogeré muy brevemente un esquemático perfil biográfico de nuestros personajes, hasta el tiempo de su peripecia personal.

Para comenzar, repasemos sus nombres. Sin perjuicio de mencionar luego algunos otros, en esta lista hay que colocar por lo pronto los de Ángel Garma (1908-1994), Emilio Mira y López (1896-1964), Mercedes Rodrigo (1891-1982), Gonzalo Rodríguez Lafora (1886-1971), José Peinado Altable (1909-1995), Juan Roura Parella (1897-1985), Francisco del Olmo (1907-c.1975), Guillermo Pérez Enciso (1917), y Juan Cuatrecasas (1899-1990). A ellos habría que añadir algunos otros, que

apenas llegaron a instalarse en sus nuevas patrias, muriendo a poco de llegar; fue el caso de Domingo Barnés, y de algunos más.

Pertenecían a muy distintos niveles de edad; podríamos decir que entre sus miembros hay representantes de tres generaciones, las de 1886, 1901 y 1916. Estas diferencias no dejaron de influir de modo importante en su futura integración en los países de acogida, pues algunos llegaban con una personalidad muy hecha, y un bagaje de conocimientos y también de prestigio, que en cambio faltaba a algunos de los más jóvenes, y les dejaba en franquía para reorganizar su proyecto profesional a la vista de lo que las nuevas circunstancias permitían.

El grupo mencionado estaba formado, básicamente, por médicos y educadores, que eran los grupos profesionales más atraídos hacia la nueva ciencia de la mente.

Algunos resultan conocidos hoy en día, particularmente aquellos que en su momento decidieron regresar. Es el caso del Dr. Lafora, y aunque ya menos notorio, el del educador y psicólogo Peinado Altable. Otros, aunque han tenido realmente nombre internacional, como es el caso de Emilio Mira, han carecido de verdadero eco entre nosotros desde su marcha; otros, en fin, han hecho una obra en sus países de adopción, pero apenas han repercutido sus logros en la esfera internacional.

Digamos, antes de seguir, dos palabras identificadoras de cada uno.

Para empezar, Lafora, gran figura de la neuropatología y la psiquiatría ya en los años treinta, era una figura muy próxima por edad e intereses a Ortega y Marañón; era autor de algunas contribuciones importantes, como su hallazgo de la «enfermedad de Lafora» (*Lafora disease*), un cierto tipo de epilepsia que había conseguido describir y explicar. A él se debe uno de los primeros libros escritos en español sobre psicopatología infantil, diseñado para ofrecer información y asistencia a los educadores en el conocimiento y manejo de estos niños difíciles y problemáticos. Al exiliarse y trasladarse a México, ya era académico de Medicina, colaborador de *El Sol*, y su figura era notoria fuera y dentro de España entre los especialistas de la neurología y la psiquiatría (Valenciano, 1977; Moya, 1986).

En el campo de la psicología estricta, la figura de mayor prestigio era sin duda el catalán Emilio Mira (1896-1964), director del centro psicotécnico de Barcelona, ya mencionado, que había llegado a ser catedrático de psiquiatría en la Universidad de Barcelona, entonces llamada Autónoma por su dependencia de la

Generalitat. Era una figura brillante, contaba con obras como su *Manual de Psicología Jurídica* y su *Manual de Psiquiatría* que habían abierto aquí campos nuevos de estudio, y era la cabeza visible de la psicotecnia española. Había destacado también como jefe de los servicios psiquiátricos del ejército republicano, lo que había de traerle no pocas complicaciones al acabar la guerra.

Las otras personalidades, aunque relativamente menores, habían también comenzado a ser estimadas de modo creciente. Juan Cuatrecasas (1898-1992), compañero y amigo de Mira, era catedrático de medicina en Barcelona; Ángel Garma (Bilbao, 1904-1993), psicoanalista ortodoxo formado en Alemania, había sido colaborador de Marañón, y reunía intereses hacia la psicósomática y el psicoanálisis estricto.

Entre los educadores, se encontraba Mercedes Rodrigo (1891-1982), tal vez nuestra primera psicóloga, formada en Ginebra con Piaget, y colaboradora de Lafora, que era una experta psicómetra. También había pasado por Ginebra y se había formado con Claparède y Piaget José Peinado (1909-1995), inspector de escuelas, que ya había publicado con un colega varios libros didácticos, entre ellos un excelente *Manual de psicología* (1934) de amplia aceptación entre sus compañeros y colegas (Peláez, 1998). También había ya trabajado en psicotecnia, como director del laboratorio psicotécnico de Sabadell, Francisco del Olmo (1907-c.1975); en cambio Juan Roura (1897-1985) poseía una formación más teórica, como profesor de pedagogía en la Universidad de Barcelona, estudios que habían orientado figuras como Mira y Xirau. En fin, Guillermo Pérez Enciso (1917) era un joven licenciado de la Universidad de Barcelona, con una activa participación social y política en la vida universitaria.

Eran, bien se ve, personas muy distintas, de vario talante, y de distinta formación, pero todas sin embargo estaban más o menos profundamente implicadas en el desarrollo de la nueva psicología en España.

SUS APORTACIONES AL MUNDO DE HISPANOAMÉRICA.

En Latinoamérica, según Rubén Ardila, psicólogo colombiano de prestigio internacional, y excelente conocedor del tema, los tres países más desarrollados en psicología eran, ya en el primer tercio del siglo, Brasil, México y Argentina. En ellos la filosofía, la medicina y la educación habían sido «las tres raíces» del interés por esa ciencia (Ardila, 1982, 105; *vid.* Alonso y Eagly, 1999).

En los tres países hubo interesantes conexiones con grupos europeos —en el caso de Brasil y Argentina—, y norteamericano —en el de México— que aportaron conocimientos de primera mano sobre la nueva ciencia. En algunos casos, germinaron tradiciones de investigación experimental que terminaron por deshacerse ante el doble movimiento europeo de crisis del positivismo y surgimiento del psicoanálisis tras la I guerra mundial. Pero el interés por la psicología y la psicotecnia se mantuvo vivo en muchas partes, y ese interés se reavivó con la llegada de muchos emigrados, no sólo de la guerra española sino también de la II Guerra mundial, que empujó a numerosos centroeuropeos a buscar refugio en el continente americano.

Los exiliados, con su presencia y con los contactos y comunicaciones que entre sí mantuvieron, introdujeron un cambio significativo en la región, al ir conectando unos países con otros, y aproximar así lo que en ellos venían haciendo los grupos más implicados en el desarrollo de esta ciencia.

LOS FRUTOS DEL EXILIO

¿ Cuáles fueron los frutos de este exilio, en lo que a la psicología se refiere? ¿ Cuáles, los logros de quienes emigraron, en lo que había de ser su nuevo mundo personal y profesional?

Hay varios planos a considerar. Uno es el de las transformaciones institucionales que lograron introducir, en mayor o menor grado, en sus países de adopción. Otro, el de los desarrollos individuales que cada uno consiguió llevar a cabo en sus varias circunstancias. Aún cabría un tercero, que sería la consideración global del impacto que la emigración tuvo en sus carreras profesionales. Nuestro examen habrá por fuerza de ser extremadamente sintético, atendiendo sólo a los elementos más significativos en cada caso.

a) El desarrollo de la psicotecnia

El principal núcleo de interés entre los psicólogos españoles de preguerra fue la psicotecnia, esto es, el conjunto de aplicaciones técnicas con base psicológica que permitió el conocimiento, diagnóstico, selección y modificación de las capacidades operativas de los individuos a fin de adaptarlos a los diferentes contextos de acción, principalmente contextos organizacionales —empresa, ejército, sistemas burocráticos...—. Nada tiene pues de extraño que, al llegar la hora del exilio, los

psicólogos aprovecharan sus conocimientos en ese campo para buscar un apoyo y un reconocimiento social en que basar su incorporación a las sociedades que los acogían.

En particular, el grupo catalán de Mira había desarrollado unas técnicas propias de examen y diagnóstico que atrajeron el interés de muchos especialistas del otro lado del Atlántico. Mira había ideado un test, el Psicodiagnóstico Miokinético, que permitía la realización de análisis de personalidad a través del estudio de unos trazos sobre papel realizados por los sujetos sin control visual, regidos sólo por un control propioceptivo y el esquema mental imaginado del modelo que había que representar —dibujando, por ejemplo, círculos, cadenas, líneas en escalera, o trazos de líneas entre puntos fijos...—.

Su autor lo dio a conocer formalmente en 1940, en una revista inglesa, como uno de los primeros frutos de la emigración: «Myokinetic Psychodiagnosis...» (*Proc. Royal Soc. Med.* 33, 173 ss.), y durante años continuaría perfeccionándolo y ampliando su radio de aplicaciones. La prueba detectaba, según su autor, el tono psicomotor, el tipo de vivencia introvertida o extravertida, y las inclinaciones agresivas determinantes de conflictos. El test presentaría, en sucesivos estudios, buenas correlaciones con otros tests de personalidad, como el test de Rorschach, y alcanzaría un reconocimiento considerable entre especialistas, aunque las dificultades de aplicación y la necesidad de amplio entrenamiento en su interpretación terminarían por restarle partidarios.

Lo interesante del test, no obstante, es que respondía al modelo psicotécnico aplicado por su autor, primero en Barcelona, y luego en los más varios lugares de Hispanoamérica, a los que lo llevó consigo. El modelo trataba de conocer en profundidad al sujeto explorado, no sólo en sus habilidades prácticas, sino en su dinámica de personalidad, a través de un estudio prolongado. Mira desconfiaba del examen puntual, momentáneo, y propugnaba lo que llamó en ocasiones una actuación compleja y persistente».

Naturalmente, a ese conocimiento del sujeto unía el análisis de tareas y demandas de cada profesión o sistema organizativo. Y a ello se añadía un amplio conocimiento de la psicología profunda, conocida y divulgada por él desde fecha muy temprana ya en España, y una pretensión científica que le acercaba a un tiempo hacia la psicología experimental y la psiquiatría organicista.

Mira, tras recorrer diversos lugares —Inglaterra, Estados Unidos, Cuba— se estableció por un tiempo en Argentina, con amplias estancias en Uruguay, hasta

que al fin se asentó en Brasil. Entre 1945 y 1964, año de su muerte, Mira desarrolló allí una vida sumamente activa, organizando un Instituto de Selección y Orientación Profesional (ISOP) dentro de la Fundación Getulio Vargas, desde el cual su influencia irradió hacia el resto del país y a toda Hispanoamérica. El Instituto atendía más de 10.000 consultas anuales, y llegó a contar con cerca de 40 psicólogos, varios médicos, estadísticos y asistentes sociales. Como nota curiosa, hay que recordar que Mira llegó a necesitar en un determinado momento una persona de confianza en quien delegar buena parte de su responsabilidad como director, y solicitó de su antiguo colega y amigo José Germain un colaborador español que le apoyara en sus trabajos, puesto que vino a ocupar desde 1950 Francisco Campos, un psicotécnico recomendado por el psicólogo madrileño. Es una anécdota indicativa del grado de restablecimiento de la comunicación entre ambas orillas del Atlántico.

El centro se seguía inspirando en las ideas originarias de su autor. Al iniciar su andadura, éste definió sus objetivos de este modo: «La obra orientadora no solamente ha de favorecer al individuo, sino también a la sociedad en que trabaja... [por eso] existen dos tipos de orientación profesional: la individual y la colectiva» (Mira, 1947, 10). En aquel centro se organizaron Cursos para formación de psicotécnicos, se creó un centro de documentación sumamente importante, y promovió el desarrollo y la programación psicotécnica de otros centros en Belo Horizonte, Bahía, Porto Alegre, escuelas de oficiales del ejército, así como la realización de reuniones, la creación de revistas (*Arquivos Brasileiros de Psicotécnica*, 1949-1968, hoy ya convertidos en *Arquivos Brasileiros de psicología*), y en general, el desarrollo de la profesión del psicólogo, consolidada ya en 1962 (Iruela, 1993, 125).

Durante esos años, Mira siguió escribiendo, dando conferencias, asistiendo a congresos. En particular su manual de psiquiatría fue creciendo en sucesivas ediciones, hasta un punto en que su autor creyó excesiva la obra de actualización que estimaba necesaria para su reaparición; pero continuó escribiendo ensayos sobre higiene mental, la vejez joven, el estudiar con eficacia, la psicología del niño y de la sociedad contemporánea; en suma, su obra siguió creciendo con la madurez personal e intelectual que su experiencia le proporcionó.

Esta obra, sobre la que se han escrito ya varios libros y numerosos trabajos (Iruela, 1993; Carpintero, 1994), representa de modo ejemplar las posibilidades encerradas en el núcleo psicotécnico catalán de preguerra, y, al tiempo, la fecunda aplicación de aquellas ideas al desarrollo en el mundo de Hispanoamérica, en expansión general durante los años cincuenta.

De aquella misma Psicotecnia se nutrieron, también, algunos otros psicólogos emigrados, en especial Francisco del Olmo, reasentado en Venezuela, discípulo de Mira, quien creó un servicio para atender las necesidades de la Creole Petroleum Corporation, y que aplicó un test que llamó Test Sabadell, en recuerdo de su etapa como profesional en la ciudad catalana, antes de la guerra. Y también guarda con ella una estrecha relación la obra de la psicotécnica Mercedes Rodrigo, pero en este caso nos hallamos ante un fruto bien distinto de las semillas sembradas. Considerémoslo.

b) De la psicotecnia a la creación de la profesión

Una de las contribuciones más notables hechas por los psicólogos españoles en Hispanoamérica fue sin duda el impulso que muchos de ellos dieron al establecimiento de un rol de psicólogo, académicamente formado y profesionalmente definido, en varios de aquellos países.

Los programas profesionales en psicología comenzaron a aparecer allí después de la II Guerra mundial. Sin duda, la eficacia de las técnicas psicológicas durante la guerra, tanto en tareas de selección de personal como en intervención clínica para atender la variada patología psíquica derivada del conflicto, elevó la estimación social hacia aquellos especialistas.

Como ha sido la tónica en muchos lugares, el interés por esos temas se mantuvo vivo gracias a la curiosidad y celo de profesionales relacionados con los problemas humanos, como los educadores, los médicos, los filósofos, y en ocasiones, los técnicos y hombres de empresa. Ardila ha descrito bien esos círculos donde se «habían leído muchos libros, pero no sabían muy bien qué hacer con la información que poseían» (Ardila, 1989, 358). Por eso fue tan decisivo el que llegaran de Europa algunos especialistas que no sólo conocían las teorías, sino que habían comenzado a ejercer y practicar sus saberes como psicólogos enfrentados a problemas concretos. Fue el caso de nuestros exiliados españoles. No sólo ellos, ciertamente, pero bien cierto que algunos de estos profesionales tuvieron un destacadísimo papel en esta promoción profesional de la psicología en aquellas latitudes.

Se ha dicho que uno de aquellos primeros programas tuvo como marco la Universidad de San Carlos (USAC) en Guatemala, en 1946 (Ardila, *ibid.*). Pues bien, en palabras del psicólogo guatemalteco Guido Aguilar, «fue el psicólogo español Antonio Román Durán quien en octubre de 1946 impartió las primeras cátedras de

psicología general, un curso de psicoanálisis, y quien logró incorporar la enseñanza de la psicología al pensum de todas las carreras de la Facultad de Humanidades de la USAC. Dos años después o tal vez alguno más, se iniciaría la carrera, si bien la fecha precisa parece cuestionada como resultado de confusiones nacidas de un terremoto posterior (Aguilar, 1999, 180).

Cosa parecida sucedió en Venezuela. Allí los primeros pasos académicos se dieron en 1946, en el Instituto Pedagógico de Caracas, donde un filósofo venezolano, Eugenio González, se hizo acompañar de un psicólogo exiliado español, Francisco del Olmo, «quien, a través de un curso de psicotecnia, entrena a algunos profesores de esa Institución en el manejo adecuado de tests» (Rodríguez y Sánchez, 1999, 307). Del Olmo, profesional de la psicología ya experimentado en trabajos en el centro de Sabadell, como arriba va dicho, encontró años más tarde la colaboración de otros exiliados, Guillermo Pérez Enciso, y José Peinado, iniciadores de la enseñanza universitaria en la Universidad Central de Venezuela en 1956. Pérez Enciso —salido también de las aulas de la Universidad de Barcelona de preguerra—, sería el primer director de la Escuela de Psicología al fin organizada en aquella Universidad (Rodríguez y Sánchez, id., 308); en 1955 ya había publicado un manual de psicología para hacer frente a las nuevas demandas de formación. José Peinado, por su parte, educador nacido en Valladolid y luego becario de la Junta para Ampliación de Estudios en Ginebra, había realizado ya una labor profesional importante en México, antes de incorporarse al grupo de Caracas, del que fue separado por una decisión política autoritaria que terminó por inclinarle hacia el regreso a España en los años sesenta. En ese grupo de amigos exiliados, junto a Pérez Enciso, del Olmo y Peinado también empeñaron su esfuerzo otros nombres bien conocidos como Eugenio Imaz —el gran conocedor y traductor de Dilthey, muerto muy tempranamente—, el ingeniero César de Madariaga, José Ortega Durán —médico y antiguo colaborador de Mira—, e incluso el propio Emilio Mira, que dio cursos que contribuyeron a consolidar el nuevo instituto.

En Colombia, en fin, fue decisiva la labor de Mercedes Rodrigo, la primera psicotécnica española, colaboradora de Lafora y Germain en el Madrid de los años treinta. Resultó ser la iniciadora de los estudios profesionales de psicología en aquel país hispanoamericano. En la Universidad nacional de Colombia le encargaron primero la selección psicotécnica de los estudiantes aspirantes a ingresar en la facultad de medicina. Lo hizo con tal éxito, que lo que empezó siendo una sección vino a convertirse (1948) en un Instituto de Psicología Aplicada (Herrero, 1997), donde comenzarían a formarse los primeros psicólogos (la facultad vendría ya en 1957) (Ardila, 1986). Así ella inició lo que Ardila ha llamado la «etapa psicométrica» de la psicología colombiana (Ardila, 1978). También en este caso, una decisión de

un gobierno autoritario obligó a la psicóloga abandonar el país (1950), y a establecerse en Puerto Rico, donde terminaría sus días, activa y animosa. Hoy sus restos reposan en el pequeño cementerio del Morro, en San Juan, no lejos de los del gran poeta Pedro Salinas.

De manera que al menos en tres países, la formación del psicólogo como profesional entrenado en la universidad para hacer frente a demandas sociales e individuales, ha sido en buena medida obra de exiliados españoles que pudieron aportar su experiencia a la tarea requerida (algún otro caso, como la decisiva actuación de la psicóloga y médica Fernanda Monasterio en la Universidad argentina de La Plata, en los años cincuenta, aparece ya desligado del exilio de posguerra que es lo que aquí consideramos).

c) Institucionalización del psicoanálisis en Argentina

Se puede considerar que una de las más importantes contribuciones, institucional al tiempo que intelectual, es la que realizó en Argentina el médico y psicoanalista español Ángel Garma, tendente a dar una base social y profesional a la práctica psicoanalítica en aquel país.

El psicoanálisis en Argentina es, de modo notorio, la primera escuela, tal vez incluso hegemónica, orientadora de la teoría y la práctica en el mundo psicológico. Ahora bien, las estructuras asociativas que dieron fuerza a dicha escuela fueron obra en gran medida del esfuerzo y entrega aportados por Garma, establecido en Buenos Aires desde 1938 (Zalbidea *et al.*, 1991; Rodríguez, 1997).

Garma, formado como médico en Madrid al lado de Marañón, de quien seguía conservando un entrañable recuerdo al fin de su vida, se incorporó al psicoanálisis gracias a una formación rigurosa en Alemania, con T. Reik, discípulo inmediato de Freud. Al llegar a la Argentina, le esperaba un grupo de entusiastas interesados en el psicoanálisis pero carentes de entrenamiento formal, que le tomaron a él y a Celes Carcamo, argentino formado como Garma en Alemania, como cabezas del movimiento de formación ortodoxa en aquel país. Con ellos se analizaron los que habían de ser primeras figuras de aquel movimiento: Arnaldo Rascofsky y Enrique Pichon-Riviere, Simon Wencenblat y Matilde Rascofsky, Arminda Aberastury (Balán, 1991) y otros muchos.

Garma impulsó en 1942 la fundación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, luego la aparición de la *Revista de Psicoanálisis*, así como los contactos

internacionales, y la organización en 1959 del Primer Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis en Buenos Aires. Más tarde su figura pasó a un segundo plano, probablemente debido a que la fuerte derivación del movimiento hacia la política de izquierdas y el marxismo no contó con su liderazgo ni con su apoyo. Aquellas mismas fuerzas emergentes impidieron su acceso a una cátedra en Buenos Aires, y forzaron su dedicación prácticamente por entero a la práctica clínica. Pero es incuestionable el rol pionero que le tocó desempeñar en la primera hora de aquel gran movimiento social e intelectual.

d) La aportación científica. Una visión general

Hay un último aspecto que estimo necesario considerar, en esta revisión de la obra de los exiliados en Hispanoamérica, que de modo sumario estoy trazando. Me refiero a la aportación científica e intelectual que a ellos se debe.

No hay que pasar por alto la tremenda condición del exiliado forzado a encontrar una nueva vida tras el drama de abandonar su mundo originario, sus fuentes de subsistencia, en muchos casos también su entorno familiar. Para estos hombres y mujeres, la primera exigencia hubo de ser la de subsistir. Su formación profesional, sus conocimientos técnicos, favorecieron sin duda su orientación hacia el mundo práctico y aplicado. Lo acabamos de ver, en su entrega a la promoción y consolidación del quehacer profesional en los países de acogida.

La obra de investigación y teoría parece requerir no obstante otras condiciones de existencia. Demanda tiempo, apoyos sociales, contextos de colaboración intelectual, medios académicos favorables. No es de extrañar que, en consecuencia, la aportación en este terreno haya sido menor, y que en muchos casos haya dominado el propósito divulgador, menos exigente y en cierto modo más rentable para sus autores.

Sin pretensión de realizar una revisión exhaustiva, mencionaré aquí algunos de los jalones a mi ver más notables de su nómina de publicaciones y realizaciones.

Por el volumen de su obra publicada, posiblemente el primer lugar de esta breve nómina haya de corresponder a Emilio Mira. Ya hemos hecho referencia a su Test Miokinético, que ha sido y sigue siendo una de las contadas creaciones originales de nuestra psicología al acervo común de pruebas diagnósticas. Del mismo se dio noticia en el catálogo de pruebas más importante en el mundo psicológico,

el que realiza periódicamente Oskar Buros, en uno de sus anuarios (*The Sixth Mental Measurement Yearbook*, 1965).

Mira, además, hizo reediciones crecientemente ampliadas de su manual de psiquiatría, publicado antes de la guerra en Barcelona, y aparecido en Buenos Aires en 1952 en su cuarta edición renovada y actualizada, la última que su autor accedió a realizar. Se trata de una obra bien hecha que ha merecido la estima general de los especialistas, pero de la que prescindiré aquí de más consideraciones por su carácter psiquiátrico, para referirme tan solo a sus trabajos psicológicos. En este terreno, hay que anotar en su haber una serie de manuales —de psicología infantil, de psicología experimental, de psicología general— en todos los cuales se conjuga una buena información con una visión del saber psicológico que se centra en la condición personal del hombre y que excluye toda posición de escuela que entrañe sesgos e imponga limitaciones y renunciaciones a la investigación. En alguna ocasión, ha caracterizado esa concepción antropológica como «unitaria, evolutiva, pluridimensional y comprensiva». Si se tiene presente que en torno a los años cincuenta había un general predominio de la psicología conductista en los círculos internacionales de occidente, y que esta doctrina se mostraba enemiga de cualquier concesión a las ideas del hombre que vieran a éste como ser dotado de una mente concedora y propositiva, se puede calcular fácilmente la posición un tanto excéntrica en que Mira situaba su obra, si bien el tiempo ha ido luego acabando por darle la razón.

Entre sus obras, varias han abordado temas aplicados de interés social, desde el deporte a la higiene mental de la tercera edad, y desde el campo de las organizaciones al de las técnicas de estudio.

Durante años, su prestigio irradió por el mundo latinoamericano y alcanzó a las esferas internacionales de su especialidad.

En el ámbito clínico, la figura de Ángel Garma ha ocupado un lugar singular. Ya hemos visto su papel en la institucionalización del psicoanálisis argentino. Pero además, ha dejado una obra amplia y diversa, sobre la que hay que decir siquiera una palabra. En ella dominan el estudio de los sueños —para él, situaciones traumáticas enmascaradas— (Garma, 1990), y las cuestiones psicósomáticas (asma, vómitos, el dolor de cabeza, las úlceras gástricas); esto último evidencia su originaria pero viva relación con Marañón. En alguna ocasión admitió que el enlace entre mente y cuerpo había de hallarse en el inconsciente; de esta suerte, psicósomática y psicoanálisis encontraban en su origen una raíz común. No tiene nada de extraño, tampoco, que haya concebido que el núcleo germinal

de esos trastornos había de encontrarse en el modo peculiar de resolución del complejo de Edipo. Por ejemplo, la migraña resultaría de un proceso de somatización resultante de la represión emocional de conflictos psíquicos. En general, a través de los mecanismos emocionales de interacción mente-cuerpo los procesos reprimidos alcanzarían a influir en el funcionamiento y la vivencia corporal de determinadas partes del cuerpo, actuando de un modo análogo a como pudieran hacerlo unos estímulos físico-químicos de incidencia directa sobre el organismo (Garma, 1973). En cuanto al tema de los sueños, su personal posición le llevó a distanciarse de la clásica posición freudiana del sueño como cumplimiento o realización de deseos, para interpretarlos más bien en la dirección de una experiencia alucinatoria que tendría a su base una situación traumática enmascarada. En sus varias obras el lector encuentra, sin duda, un cierto acento personal.

La obra de Garma, aunque no creó escuela en el campo teórico, encontró respuestas afines entre el amplio mundo del psicoanálisis en lengua española, tanto en la inicial comunidad argentina como, posteriormente, entre ciertos grupos españoles (Rodríguez, 1997).

El interés clínico también domina buena parte de los trabajos de José Peinado, quien adquirió en México una amplia experiencia en educación de niños deficientes, y realizó evaluaciones interesantes del desarrollo intelectual y afectivo, así como de la educabilidad de niños sordos. En una serie de trabajos examinó la conveniencia o no de coeducar con individuos normales aquellos sujetos afectados de una deficiencia ligera o limítrofe, y concluyó en un sentido positivo, entendiendo que un régimen de estimulación adecuada y una convivencia activa con niños normales podía «normalizar» a los niños del otro grupo, potenciando su adaptación social escolar (Peláez, 1998). Sus ideas encontraron un amplio eco entre los responsables de la educación en España, y han ayudado a impulsar la política de integración de los deficientes en centros educativos, llevada adelante ya hace unos años.

Finalmente, mencionaré un interesante estudio de reflexión psicobiológica, realizado por el médico catalán Juan Cuatrecasas, establecido hasta el fin de sus días en Argentina, como profesor, primero en la Universidad de La Plata, luego en la John F. Kennedy de Buenos Aires, siempre atraído hacia los temas de la psicobiología. Su estudio *El hombre, animal óptico* (1962), ampliamente basado en investigaciones de evolución del sistema nervioso realizadas por Christofedo Jakob, gran figura de la neurología de procedencia centroeuropea que ejerció un amplísimo magisterio en la Argentina, es una importante reflexión sobre una doble línea evo-

lutiva en el sistema nervioso con singulares resultados. Esta evolución habría llevado en un caso hacia organizaciones dotadas de un sistema fundamentalmente olfativo —donde se situaría el pequeño mamífero desdentado argentino, el pichiciego (*Clamidophorus truncatus*), estudiado exhaustivamente por Jakob; por ahí se iría al desarrollo de un cerebro centrado en el mundo de los olores y de la emocionalidad, el rinencéfalo o cerebro interno, del que tanto han sabido, entre otros, el gran investigador americano Paul Mac Lean y nuestro Juan Rof Carballo. De otra parte, habría la línea que ha conducido hacia los organismos fundados en un cerebro y un mundo ópticos, a cuyo término está el hombre. La idea y el análisis de Cuatrecasas consiste en relacionar la adquisición de un cerebro óptico muy rico y diferenciado, con la adquisición de un mundo visual, abierto a la geometría, a la imaginación proyectiva, a la formación de sistemas representacionales complejos y, en fin, a la organización lingüística e intelectual de la vida humana. En sus propias palabras: «Ni el espacio táctil ni el acústico pueden considerarse fundamentales en la representación imaginativa. Es la proyección visual la que domina la sensación que se integran en la noción del espacio... El análisis formativo del sentido estereognóstico permite examinar... el paso progresivo de la percepción visual a la imagen de formas geométricas y a la representación ideo-motriz. En el curso de este proceso, la aparición del lenguaje va estrechamente ligada a la de imagen simbólica» (Cuatrecasas, 1962, 256).

Estos, creo, son algunos de los logros más destacados que los exiliados españoles de 1939 fueron haciendo a la cultura y la ciencia en lengua española, desde la otra orilla del Atlántico, con evidente modestia y con admirable tesón.

Tomo estos casos como muestra representativa de una realidad mucho más compleja, frecuentemente orientada en una multiplicidad de direcciones interdisciplinarias, a veces con mero propósito de subvenir a un proyecto docente en marcha, o bien para divulgar resultados de trabajos más especializados y rigurosos.

La larga nómina de investigadores y profesionales mencionada al principio podría aquí ser repetida con enunciación de trabajos y títulos diversos, y con mención de otras creaciones institucionales —centros, revistas, institutos, seminarios, servicios clínicos...— donde encontró horizonte más o menos despejado la inventiva y creatividad de aquellos.

Si hubiéramos de ampliar un tanto el círculo que deliberadamente hemos dibujado restringido y limitado, y nos hubiéramos de alargar hasta los campos de la neurología, la psiquiatría o la antropología, no podríamos dejar de recordar nom-

bres como los de neurólogos como Julián de Ajuriaguerra, figura de fama internacional, reasentado de por vida en Francia y Suiza, o de Rafael Lorente de No, extraordinario continuador del análisis histológico de su maestro Cajal en Estados Unidos; habría que recordar la obra del educador Juan Comas, convertido a los pocos años de su marcha en una gran figura de la antropología en México, o la de algunos filósofos atraídos hacia los temas de la vida mental —Eduardo Nicol, Eugenio Imaz, Juan Roura, entre otros más. También habría que insistir en el prestigio profesional que lograron muchos de ellos en sus nuevos ambientes, incluso cuando sus condiciones de vida o de trabajo hicieron para ellos muy difícil la dedicación a la investigación y el trabajo académico.

CONCLUSIÓN

Nuestro propósito no es construir aquí un catálogo de realizaciones, sino mostrar con evidencia que la obra de los psicólogos y de otros profesionales próximos a ellos, en el mundo del exilio tras la guerra civil, es un bien cultural que la cultura española del siglo *xxi* tiene que integrar en su pasado inmediato para hacer posible su fructificación.

La labor llevada a cabo por los emigrados en el Nuevo Mundo ha sido realmente sorprendente. Día a día vamos conociendo nuevos detalles de su magnitud y significación (Carpintero, 1997).

En toda una serie de países —Guatemala, Colombia, Brasil, México, Venezuela, Argentina, entre otros— se beneficiaron de la llegada y la cooperación de los emigrados a la hora de constituir los estudios especializados y en muchos casos, sus enseñanzas contribuyeron a crear el marco adecuado que favoreció los desarrollos posteriores. De otro lado, psicotecnia y psicoanálisis —dos sectores aplicados de la psicología, si vale la expresión— recibieron también la impronta grande de algunos de estos «*transterrados*», como acabamos de indicar.

Es notable en todo este proceso el esfuerzo general para dar soporte institucional a su trabajo. Ello les llevó a potenciar la creación de unas enseñanzas regladas para la formación de psicólogos, establecer publicaciones, fundar centros de trabajo y de sociedades científico-profesionales, constituyendo así una red de elementos institucionales que ellos mismos no habían completado en España, pero a la que habían aspirado antes de tener que abandonar el país, y que como proyecto ideal se llevaron consigo.

Buscaron desarrollar en sus nuevas patrias lo que había sido proyectado para su país de origen. Semejante afán de continuidad y coherencia dio al cabo una extraordinaria cohesión a sus vidas, en medio de tanta tragedia y desolación como hubieron de sufrir, y fue sin duda un factor personal de estabilidad y equilibrio.

Algunas de las contribuciones institucionales de nuestros compatriotas en Hispanoamérica contribuyeron a asentar el rol del psicólogo profesional, y coadyuvaron a la creación de núcleos académicos y científicos que han enriquecido a aquellas sociedades y a la postre a la cultura general de la comunidad hispánica.

Por todo ello, la obra de los psicólogos españoles exiliados en Latinoamérica ha tenido un alcance y significación difícil de ignorar.

En ella, como ya va dicho, se revelan las potencialidades reales, y efectivas, que latían en la psicología española de los años treinta: su capacidad para conectar con diversas escuelas —la psicotecnia, el psicoanálisis, el personalismo, la Gestalt...—, su creatividad, y, sobre todo, su voluntad de abordar con rigor los problemas técnicos individuales y sociales que la psicología contemporánea pretende resolver.

Su obra, además, ha dado nueva fuerza y sentido a la comunidad intelectual y cultural del mundo hispánico.

Repetiré aquí lo que en otra ocasión ya he mantenido como conclusiones a este examen de una porción no siempre recordada de nuestra historia de la ciencia contemporánea. En forma de tesis esquemáticas, cabría decir :

1. Los psicólogos exiliados trataron de realizar en América las tareas que dejaron inacabadas o pendientes en la península (institucionalización, profesionalización, etc.).
2. Potenciaron en muchos países la actividad de los grupos existentes, e incrementaron la comunicación entre éstos.
3. Mientras su actividad profesional se mantuvo a un buen nivel, su obra investigadora fue menor de lo que pudo haber sido, y se resintió con el cambio de circunstancia.

4. Con el tiempo, se restablecieron en muchos casos los lazos de comunicación personal con los psicólogos de la península. Sin embargo, su ausencia ha oscurecido sus figuras y sus obras entre nosotros, y es aún una asignatura pendiente el lograr su plena recuperación para nuestra historia.

En esta tarea, nuestra Academia no puede dejar de estar activamente presente.

REFERENCIAS

- ABELLÁN, J. L. (1976), *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, 6 vols.
- AGUILAR, G. (1999), «La psicología en Guatemala», en M. Alonso y A. Eagly eds., *Psicología en las Américas*, Buenos Aires, Sociedad Interamericana de Psicología, 179-193.
- ALONSO, M. M., y EAGLY, A. (eds.) (1999), *Psicología en las Américas*, Caracas, Sociedad Interamericana de Psicología.
- ANTUNES, M. A. M. (1999), *A psicología no Brasil*, Sao Paulo, Unimarco Edit. Aparicio, V. Ed. (1997), *Orígenes y fundamentos de la psiquiatría en España*, Madrid, ELA.
- ARDILA, R. (1978), «La psicología profesional en Colombia», en ARDILA, R. Ed., *La profesión del psicólogo*, México, Trillas, págs. 82-88.
- (1982), «Psychology in Latin America Today», *Ann.Rev. Psychol.*, 33, 103-122.
- (1986), *La psicología en America Latina. Pasado, presente y futuro*, Madrid Siglo XXI, 1986.
- (1989), «La psicología en Iberoamérica», en MAYOR, J., y PINILLOS, J. L. (eds.), *Tratado de Psicología General*, Madrid, Alhambra, I, 353-372.
- BALÁN, J., *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*, Buenos Aires, Planeta Argentina, 1991.
- CARDA, R. M., y CARPINTERO, H. (1993), *Domingo Barnés. Psicología y Educación*, Alicante, Inst. Cultura Juan Gil Albert.
- CARPINTERO, H. (1994), *Historia de la psicología en España*, Madrid, Eudema.
- (1997) «Los psicólogos españoles emigrados y su proyección iberoamericana», en APARICIO, V., ed., *op. cit.*, 179-192.
- (2001) *Los psicólogos españoles en el exilio*, Valencia, UIMP.

Nota: Esta ponencia se basa en trabajos que han sido posibles gracias a una investigación realizada mediante un Proyecto PB-1998-0767, del Ministerio de Educación y Ciencia.

- CARPINTERO, H.; FERRÁNDIZ, A., y LAFUENTE, E. (1997), «Juan Cuatrecasas y su visión psicológica del hombre», *Cuadernos Argentinos de Historia de la psicología*, 3(1-2): 11-22.
- CUATRECASAS, J. (1962), *El hombre, animal óptico*, Buenos Aires, Eudeba.
- DÍAZ GUERRERO, R., «Momentos culminantes en la historia de la psicología en México», *Rev. Historia de la Psicología*, 1981, 2, 125-142.
- FINGERMAN, G. (1954), *Fundamentos de psicotécnica*, Buenos Aires, El Ateneo.
- GALLEGOS, X.; COLOTLA, V., y JURADO, S., «Desarrollo histórico de la psicología en México», *Rev. Historia de la Psicología*, 1985, 3, 227-239.
- GARMA, A. (1990), *Tratado mayor de la psicología de los sueños*, Madrid, Tecnipublicaciones, S. A.
- GOMEZ PENNA, A., *Historia da psicologia. Apontamentos sobre as Fontes e sobre algumas das figuras mais expressivas da psicologia na Cidade do Rio de Janeiro*, ISOP, Rio de Janeiro, 1986.
- HERRERO, F. (1997) La escuela de Ginebra en la psicología aplicada española: La figura de Mercedes Rodrigo, *Revista de Historia de la Psicología*, 18 (1-2): 139-150.
- IRUELA, L. M. (1993), *Psiquiatría, psicología y armonía social: La vida y la obra de Emilio Mira y López*, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- KUROWSKI, M. (2001), *La obra psicológica de Juan Cuatrecasas Arumí (1898-1992)*, Tesis Doctoral, Facultad de Psicología, Universidad Complutense de Madrid.
- LIDA, C. E., y MATESANZ, J. A., *El Colegio de México: Una hazaña cultural, 1940- 1962*, México, El Colegio de México, 1990.
- MADARIAGA, B., y VALBUENA, C. (1999), *La Universidad Internacional de Verano de Santander (1932-1936)*, Santander, UIMP.
- MIRA, E. (1947), *Manual de Orientación Profesional*, Buenos Aires, Kapelusz.
- (1955), «Psicología», en *Enciclopedia Práctica Jackson*, Buenos Aires, Jackson Eds., vol. XI, 351-426.
- MONTORO, L., y QUINTANILLA, I. (1982), «El Congreso Internacional de Psicología de Madrid», *Rev. Hist. Psicol.*, 3 : 223-230.
- MOYA, G., *Gonzalo R. Lafora. Medicina y cultura en una España en crisis*, Madrid, Univ. Autónoma de Madrid, 1986.
- OLABARRÍA, B. (1997), «José Germain y los avatares de la primera institucionalización de la Psicología en España», en APARICIO, V. (ed.), *op. cit.*, 193-213.
- PELÁEZ, T. (1998), *José Peinado Altable (1909-95). Aportaciones a la psicología y educación*, Valladolid, Univ. de Valladolid.

- PUCHE-NAVARRO, R (1999), «Apuntes para un panorama de la Psicología en Colombia en la década de los noventa», en ALONSO, M., y EAGLY, A., eds., *Psicología en las Américas*, Buenos Aires, Sociedad Interamericana de Psicología, 99-113.
- RIBEIRO DA SILVA, A., «O hispano-brasileiro Mira y López», *Arquivos Brasileiros de Psicotécnica*, 1964, 2-3, 7-17.
- RODRÍGUEZ, P., y SÁNCHEZ, L. (1999), «Venezuela», en ALONSO M., y EAGLY, A. (eds.), *Psicología en las Américas*, Buenos Aires, Soc. Interamericana de Psicología, 307-316.
- RODRÍGUEZ PÉREZ, J. F. (1997), «La significación de Ángel Garma en el psicoanálisis hispánico», en APARICIO, V., ed., *op. cit.*, 215-227.
- ROSELLI, N. D. (1991), *Introducción histórica al desarrollo de la psicología argentina*, Rosario, Inst. Rosario de Invests. en CC. de la Educación.
- ROSENZWEIG, M., et al. (2000) *History of the International Union of Psychological Science (IUPsyS)*, Hove, Psychology Press.
- ROVALETTI, M. (1997), «Panorama psicológico argentino...», *Rev. Hist. Psicol.*, 18(3-4), 439-466.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, N., comp. (1991), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- SARUKHÁN KERMEZ, J., «El exilio español en la UNAM», en VV.AA., *Cincuenta años del exilio español en la UNAM*, México, UNAM, 1991, 11-16.
- SIGUÁN, M. (1981) *La psicología a Catalunya*, Barcelona, Edicions 62.
- TAMAMES, R., *Historia de España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1975.
- TORO, J. P., y VILLEGAS, J. F. (1999), «Psicología en Chile», en ALONSO, M. M., y EAGLY, A. (eds.), *Psicología en las Américas*, Caracas, Sociedad Interamericana de Psicología, págs. 129-153.
- VALDERRAMA, P.; COLOTLA, V. A.; GALLEGOS, X., y JURADO, S. (1994), *Evolución de la psicología en México*, México, El Manual Moderno.
- VALENCIANO, L., *El Dr. Lafora y su época*, Madrid, Morata, 1977.
- VV.AA., *El exilio español en México. 1939-1982* (1982), México, Salvat-Fondo Cult. Económica.
- (2002) *Exilio*, Catálogo de la Exposición..., Madrid, Fund. Pablo Iglesias.
- ZALBIDEA, M. A., et al. (1991), «La influencia española en la psicología de los países latinoamericanos = Angel Garma y el psicoanálisis en Argentina», *Rev. Hist. Psicología*, 12 (2): 175-182.